EL HOMBRE DEL LABERINTO

LOS IMPERDIBLES

Otros libros de Donato Carrisi
en Duomo:

El cazador de la oscuridad

La chica en la niebla

El maestro de las sombras

El susurrador

El juego del susurrador

La casa de las voces

DONATO CARRISI

EL HOMBRE DEL LABERINTO

Traducción de Maribel Campmany

DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2023

A Antonio.
Mi hijo, mi historia más bonita

1

Mientras que para la mayoría de la humanidad ese 23 de febrero era sólo una mañana como otra cualquiera, para Samantha Andretti tal vez empezaba el día más importante de su joven vida.

Tony Baretta había dicho que le gustaría hablar con ella.

Sam se había pasado toda la noche dando vueltas en la cama como si fuera una de esas niñas poseídas que salen en las películas de terror, haciendo suposiciones sobre los motivos que empujaban a uno de los chicos más monos de la escuela, y del mundo, a querer intercambiar unas cuantas frases precisamente con ella.

Con todo, el inicio de los acontecimientos había que situarlo en el día anterior. En primer lugar, la petición no la había recibido ella directamente, y tampoco fue él en persona quien la hizo. Entre los preadolescentes hay cosas que requieren respetar unas reglas determinadas. Evidentemente, la iniciativa siempre salía de la persona interesada. Pero luego tenía que seguirse todo un procedimiento. Tony acudió a Mike, uno de su pandilla, que se lo contó a Tina, la compañera de pupitre de Sam. Tina, a continuación, se lo dijo a ella. Una frase sencilla, directa, pero que, en el inescrutable universo de la secundaria, podía significar muchas cosas.

–Tony Baretta quiere hablar contigo –le susurró Tina en un oído durante la hora de gimnasia, saltando de alegría y con los ojos y la voz brillándole, porque una verdadera amiga disfruta de las cosas bonitas que te pasan como si le ocurrieran a ella.

–¿Quién te lo ha dicho? –preguntó Sam en seguida.

–Mike Levin, me ha parado cuando volvía del lavabo.

Si Mike se había dirigido a Tina, el asunto era confidencial y debía seguir siéndolo.

–Pero ¿qué te ha dicho exactamente? –preguntó ella, para estar segura de que Tina lo había entendido «realmente» bien.

En la escuela nadie había olvidado la historia de la pobre Gina D'Abbraccio, apodada «la Viuda» porque un día un chico le preguntó si ya tenía acompañante para el baile de Nochevieja y ella interpretó esa simple curiosidad como una invitación, de modo que acabó con un vestido largo de tul de color melocotón esperando entre lágrimas a un fantasma.

Tina se lo confirmó palabra por palabra:

–Me ha dicho: «Dile a Samantha que Tony quiere hablar con ella».

Obviamente, mientras seguían comentándolo, Samantha le hizo repetir esas palabras una y otra vez. Sólo para tener la garantía de que ningún alienígena había decidido clonar a su compañera con el único objetivo de burlarse de ella.

Todavía no se sabía ni «cuándo» ni «dónde» se llevaría a cabo la charla con Tony, y eso para Sam era un elemento de frustración añadido. Se imaginaba que a lo mejor tendría lugar en el laboratorio de ciencias o en la biblioteca. O bien detrás de las gradas del gimnasio donde Tony Baretta entrenaba con el equipo de baloncesto y Samantha con el de vóleibol. Quedaban descartadas la entrada y la salida de la escuela, y tampoco se produciría en el comedor ni en los pasillos; demasiados ojos y oídos indiscretos. Aunque, pensándolo bien, el no contar con más detalles, aparte de una tortura, también era lo bonito del asunto. Sam no habría sabido describir mejor la extraña alternancia de euforia y

depresión que le había provocado aquella simple petición, porque, aunque lo que fuera a decirle podía acabar siendo una sorpresa o una decepción, en cualquier caso ella estaba agradecida, sí, agradecida, por lo que le estaba pasando.

Y le estaba pasando precisamente a ella, Samantha Andretti, ¡y a nadie más!

Su madre se equivocaba al decir que hay cosas que suceden a los trece años que se aprecian mejor cuando eres adulto, cuando quedan en el pasado. Porque en ese momento Sam disfrutaba de una felicidad que era solamente suya, que nadie más en la faz de la tierra habría podido comprender o sentir. Y eso hacía de ella una privilegiada… O, tal vez, una pobre ilusa que estaba a punto de darse de bruces contra una atroz verdad: al fin y al cabo, Tony Baretta era conocido por ser un fanfarrón con las chicas.

El caso era que ella nunca había pensado en Tony. No en ese sentido, al menos. La naturaleza había empezado a ocuparse milagrosamente de su cuerpo y Sam ya se había acostumbrado a la pequeña condena mensual que tendría que cumplir durante gran parte de su vida, pero hasta ese momento no había apreciado los efectos positivos de esa «mutación». Samantha nunca se había fijado en que era mona; o puede que ya lo supiera antes, pero todavía no resultaba relevante. En realidad, las nuevas formas que habían empezado a despertar la curiosidad de los chicos también suponían una revelación para ella.

¿Acaso Tony se había dado cuenta de ello? ¿Era eso lo que le interesaba? ¿Meterle la mano por debajo de la camiseta o, *jesúsperdóname* y *señorsantoayúdame*, incluso más abajo?

Por eso la mañana del 23 de febrero (¡el día de los días!) cuando, agotada por el insomnio, observaba el resplandor del amanecer invadiendo el techo de su habitación, Sam se convenció de que la frase de Tony Baretta no era real, sino fruto de una alucinación. O, quizá, había pensado demasiado en ello y, en el camino por los meandros de la ferviente fantasía de cualquier preadolescente, la idea había ido perdiendo credibilidad. Sólo había un único

modo de descubrir si se había engañado. Y para ello no debía hacer más que levantar su cuerpo cansado de una cama de sudor, arreglarse e ir al colegio.

Y así, tras ignorar la reprimenda de su madre porque no había desayunado lo suficiente (¡si no podía respirar, menos aún comer, diantre!), Sam se cargó la mochila a la espalda y cruzó rápidamente la puerta de su casa para ir al encuentro, decidida y también algo resignada, de su ineludible destino.

A las ocho menos cinco, las calles del barrio en que vivía la familia Andretti estaban prácticamente desiertas. Los que trabajaban ya hacía un rato que habían salido, los parados se dedicaban a dormir la mona de la noche anterior, los viejos aguardaban las horas más cálidas del día para asomar la cabeza por la puerta y los estudiantes esperarían hasta el último minuto antes de ponerse en marcha. Efectivamente, era un horario insólito incluso para Sam. Le habría gustado pasar por casa de Tina, como hacía a menudo. Pero después pensó que seguramente su amiga todavía no estaría lista y ella no tendría paciencia para esperarla mientras acababa de arreglarse.

Ese día no.

Durante el trayecto por la acera de adoquines grises sólo se cruzó con un mensajero que buscaba una dirección para entregar un paquete. Ni siquiera se fijó en él, y el hombre apenas reparó en la chiquilla tranquila que pasó por su lado; al mirarla, nadie se hubiera imaginado el alboroto que estaba teniendo lugar en su interior. Sam pasó de largo la casa verde de los Macinsky, con ese feo perrazo negro que se agazapaba en el seto y siempre la asustaba, y a continuación también la casita que tiempo atrás había pertenecido a la señora Robinson y que ahora se caía a pedazos porque la familia no se ponía de acuerdo con la herencia. Bordeó el campo de fútbol de detrás de la iglesia de la Santísima Misericordia. También había un jardín con un pequeño parque infantil con columpios, el tobogán y un gran tilo en el que el padre Edward colgaba los carteles con las actividades de la parroquia.

Mientras alrededor todo estaba en silencio, al final de la calle desierta ya se veía la gran avenida por la que transitaba el tráfico frenético en dirección al centro.

Pero Sam no advertía nada de todo esto.

El paisaje que tenía ante sus ojos era como una pantalla en la que la mente proyectaba el rostro sonriente de Tony Baretta. Lo único que guiaba su camino era la memoria inconsciente de pasos familiares, repetidos centenares de veces antes.

Sin embargo, al llegar a la mitad del trayecto hacia el instituto, a Sam le asaltó la duda de si se había vestido de manera apropiada para la cita. Llevaba puestos sus vaqueros favoritos, con brillantitos en los bolsillos de atrás y pequeños desgarrones a la altura de las rodillas, debajo de una cazadora *bomber* negra un par de tallas más grande, y la sudadera blanca que le regaló su padre al volver de su último viaje de trabajo. Pero el verdadero problema eran las ojeras provocadas por la larga vigilia nocturna. Había intentado esconderlas con el maquillaje de su madre, pero no estaba completamente convencida de haberlo logrado; todavía no le permitían maquillarse y no tenía práctica.

Aflojó el paso y observó los coches aparcados en la calzada. Descartó inmediatamente el Dodge gris metalizado y un Volvo beis porque no servían para sus intenciones; estaban demasiado sucios. Al final vislumbró lo que buscaba. Al otro lado de la calle había una furgoneta blanca con las ventanillas de espejo. Samantha cruzó para ir a su encuentro y se miró. Pero después de comprobar que efectivamente el maquillaje cubría bien las bolsas de debajo de los ojos, no reanudó su camino en seguida. En vez de eso, se quedó mirando el reflejo de su rostro, enmarcado por largos cabellos castaños; adoraba su pelo. Se preguntó si realmente estaba suficientemente mona para Tony e intentó imaginarse a través de los ojos de él. *¿Qué ve en mí?* Y mientras se lo preguntaba, por un instante prolongó el enfoque de la mirada más allá de la superficie que la reflejaba.

«No puede ser», se dijo. Y observó con más atención.

Al otro lado del cristal, en la penumbra, había un conejo gigante. Y la estaba observando, inmóvil.

Samantha podría haber salido corriendo, una parte de ella le decía que lo hiciera, y de inmediato, y sin embargo no huyó. Estaba fascinada por esa mirada que emergía del abismo, como hipnotizada. «No está sucediendo de verdad –se dijo–. No me está pasando a mí», se repitió con la típica incredulidad de las víctimas, que, en vez de apartarse de su destino, se ven atraídas inexplicablemente hacia él.

La niña y el conejo se miraron durante un tiempo infinito, como movidos por una morbosa curiosidad recíproca.

Luego, de repente, la puerta posterior de la furgoneta se abrió de par en par, quitándole la visión de su propio reflejo. En el momento en que su rostro infantil desaparecía delante de ella, los ojos de Samantha no reflejaban miedo alguno. En todo caso, un destello de sorpresa.

Mientras el conejo la arrastraba a su madriguera, Sam no imaginaba que ésa iba a ser la última vez que se vería a sí misma en mucho tiempo.

2

Lo primero que emergió de la oscuridad fueron los sonidos, como una orquesta que afina los instrumentos antes de un concierto. Sonidos caóticos o regulares, pero en cualquier caso suaves. Notas electrónicas, acompasadas. Ruedas de carritos yendo de un lado a otro y el tintineo del cristal cuando choca entre sí. El timbre discreto de algún teléfono. Pasos apresurados pero ligeros. Todo ello mezclado con voces incomprensibles y distantes, pero al fin y al cabo humanas; ¿cuánto hacía que no escuchaba una voz? Y también oía su propia respiración. Regular y a la vez profunda. Se parecía a respirar en una cueva. No era eso, había algo que le oprimía la cara.

El segundo dato que su mente debilitada registró fue el olor. A algún ambientador desinfectante. Y a medicamento. Sí, olía a medicinas, pensó.

Intentó orientarse. No tenía percepción de su propio cuerpo, sólo sabía que estaba boca arriba. Tenía los ojos cerrados porque los párpados le pesaban, le pesaban mucho. Pero tenía que hacer un esfuerzo y levantarlos. Y debía darse prisa, antes de verse desbordada por los acontecimientos.

«Hay que controlar el peligro. Es la única manera.»

La voz que acababa de hablar procedía de alguna parte de su

interior. No era un recuerdo. Era un instinto. Algo que se había ido transformando con el tiempo a través de la experiencia. Había tenido que aprender a sobrevivir. Por eso, a pesar del sopor, una parte de ella seguía estando alerta.

Abre los ojos, ¡abre esos malditos ojos! Y mira.

Se entreabrió una pequeña rendija en su campo visual. Las lágrimas anegaron sus ojos, pero no se trataba de una reacción emocional. En todo caso de malestar; raramente le concedía a ese bastardo la satisfacción de verla llorar. Por un instante temió encontrarse con la oscuridad. En cambio, descubrió una luz azulada que inundaba el espacio a su alrededor.

Parecía que estuviera en el fondo del océano. Confortable, tranquilo.

Pero podía ser un truco sucio, lo sabía perfectamente, había experimentado en su propia piel lo arriesgado que podía resultar confiarse. En cuanto los ojos se acostumbraron a las nuevas condiciones, empezó a moverlos para explorar el lugar en el que se encontraba.

Estaba tendida sobre una cama. La luz azul procedía de unos neones del techo. A su alrededor se veía una gran habitación de paredes blancas. Ninguna ventana. Pero al fondo, a la izquierda, había una enorme pared de espejo.

A él no le gustan los espejos, siguió diciéndole la voz. ¿Cómo era posible?

Y además había una puerta entornada y, más allá, un pasillo iluminado. De allí era de donde procedían los sonidos que oía.

No era real, no tenía sentido. *¿Dónde estoy?*

Parada delante de la puerta había una figura humana, de espaldas, vestida de oscuro; lograba entreverla por el resquicio que dejaba la hoja. Llevaba una pistola en la cadera. *¿Qué broma es ésta? ¿Qué significa?*

Fue entonces cuando se dio cuenta de que, a poca distancia de la cama, había una mesita con un micrófono y una grabadora. Al lado, una silla de hierro, vacía. Pero apoyada en el respaldo había

una americana. «Está cerca», pensó. Volverá. Y sintió una oleada de miedo que crecía en su interior como una marea.

«Miedo no», se dijo. El miedo era el verdadero enemigo. «Tengo que irme de aquí».

No sería fácil, creía que no tendría fuerzas suficientes. Intentó mover los brazos, levantó los codos y los clavó en el colchón para incorporarse. Los largos cabellos castaños se deslizaron sobre su rostro. Le pesaban los miembros, consiguió enderezar parcialmente el tronco, pero en seguida volvió a caer hacia atrás. Tenía algo en la cara que se lo impedía: una máscara de oxígeno conectada a una válvula situada en la pared. Y un gotero en el brazo. Le dio un tirón a la vía y se le salió la aguja de la vena. Pero en cuanto también se libró del benéfico gas, advirtió que no podía respirar. Tosió. Intentó tragar el aire que la rodeaba, pero tenía una consistencia más densa que el que había inhalado hasta entonces. Los ojos se le llenaron de puntitos negros muy brillantes.

La oscuridad se iba imponiendo, pero no se rindió.

Apartó la sábana que la cubría de cintura hacia abajo y, en medio de las sombras que le oscurecían la vista, entrevió un tubito que salía de su ingle y terminaba en una bolsa transparente donde se había acumulado un líquido amarillento.

Todavía boca arriba, movió la pierna derecha con la intención de bajar de la cama. Pero algo le retenía la izquierda. Un peso. Ese lastre la cogió desprevenida, perdió el equilibrio y notó que se precipitaba hacia abajo. Se desplomó sobre una superficie dura y fría, se golpeó la cara. La pierna izquierda fue la última que se desmoronó en el suelo, y produjo un sonido sordo, de piedra.

El ruido llamó la atención de alguien, porque oyó claramente que se abría la puerta y volvía a cerrarse. A continuación, vislumbró una sombra que corría hacia ella: algo tintineaba en su cintura: un mosquetón lleno de llaves. La sombra dejó una taza humeante en el suelo y la aferró por las axilas.

–Tranquila –repitió el desconocido mientras manejaba su cuerpo casi exánime con delicadeza–. No es nada.

Notaba que se ahogaba, estaba a punto de perder el conocimiento. De modo que apoyó la cabeza en el pecho del hombre. Olía a colonia y llevaba corbata, lo cual le pareció cruel y absurdo.

Los monstruos no llevan corbata.

El hombre la subió a la cama y, después de apartarle el pelo de la cara, volvió a colocarle la mascarilla en la boca. El oxígeno le llenó los pulmones y se sintió aliviada. Después de hacer que se tumbara correctamente, le puso una almohada debajo de la pierna izquierda, que llevaba escayolada desde el tobillo hasta más arriba de la rodilla.

–Estarás más cómoda –le dijo, solícito.

Al final, pasó la cánula del gotero que se había soltado y le introdujo de nuevo la aguja en el brazo. Mientras llevaba a cabo estas operaciones, ella no dejaba de observarlo con estupor.

Ya no estaba acostumbrada a la amabilidad. Y, sobre todo, a una presencia humana.

Aun así, intentó fijarse en él. ¿Lo conocía? Le parecía que no lo había visto nunca. Le puso unos sesenta años, tenía un aspecto atlético. Llevaba gafas redondas de montura oscura. Tenía el pelo rizado. Además del mosquetón con las llaves colgadas en la cintura, llevaba una identificación con su foto sujeta en el bolsillito de una camisa azul. Iba arremangado hasta los codos.

Cuando hubo terminado, el hombre recogió la taza humeante que había dejado en el suelo y la depositó sobre la mesilla de noche en la que también había un teléfono amarillo.

¿Un teléfono? ¡No puede ser un teléfono!

–¿Cómo te encuentras? –le preguntó.

No contestó.

–¿Puedes hablar?

Se quedó callada y lo miró con los ojos desorbitados, lista para saltarle encima.

Se le acercó.

–¿Entiendes mis palabras?

–¿Esto es un juego? –La frase le salió ronca, sofocada por la mascarilla de oxígeno.

–¿Qué? –preguntó él.

Se aclaró la voz.

–¿Esto es un juego? –repitió.

–No sé a qué te refieres, lo siento. –A continuación, añadió–: Soy el doctor Green.

No conocía a ningún doctor Green.

–Estás en el Saint Catherine, es un hospital. Todo está bien.

Intentó asimilar sus palabras, pero no lo conseguía. Saint Catherine, hospital; era una información que estaba más allá de su comprensión.

No, no está todo bien. ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres de mí, de verdad?

–Comprendo que todo esto te perturbe –dijo el hombre–. Es normal, todavía es demasiado pronto. –Se la quedó mirando un instante en silencio, con compasión.

Nadie me mira así.

–Te trajeron aquí hace dos días –prosiguió el otro–. Has dormido casi cuarenta y ocho horas. Pero ahora estás despierta, Sam.

¿Sam? ¿Quién es Sam?

–¿Esto es un juego? –preguntó por tercera vez.

Quizá el hombre había advertido la perplejidad en su rostro, porque ahora parecía preocupado.

–Tú sabes quién eres, ¿verdad?

Lo pensó un momento, le daba miedo contestar.

El hombre se esforzó en sonreírle.

–Está bien, cada cosa a su tiempo. ¿Dónde crees que estás ahora?

–En el laberinto.

Green lanzó una breve mirada hacia el espejo, después volvió a dirigirse a ella.

–Te he dicho que estamos en un hospital, ¿no me crees?

–No lo sé.

–Algo es algo, me parece bien.

Tomó asiento en la silla de hierro, se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, y cruzó las manos, en una actitud confidencial.

–¿Por qué piensas que estás en un laberinto?

Ella miró a su alrededor.

–No hay ventanas.

–Es extraño, tienes razón. Pero, ¿sabes?, esta habitación es especial: estamos en la sección de quemados. Te han traído aquí porque tus ojos ya no están acostumbrados a la luz natural, podría resultar perjudicial, igual que si tuvieras quemaduras. Y también es el motivo de las bombillas de luz ultravioleta.

Levantaron la mirada a los neones azules al mismo tiempo.

Seguidamente el hombre se volvió hacia la pared de espejo.

–Desde allí, médicos y familiares pueden observar a un paciente sin exponerlo al riesgo de infección… Ya lo sé, parece una habitación para los interrogatorios de la policía, como las que se ven en la tele o en el cine –intentó bromear–. A mí en seguida me ha dado esta impresión.

–A él no le gustan los espejos –dijo ella, a bocajarro.

El doctor Green se puso serio.

–¿Él?

–Los espejos están prohibidos.

De hecho, hasta ese momento había evitado volverse hacia la pared de la izquierda.

–¿Quién ha prohibido los espejos?

No dijo nada, pensó que el silencio podía ser suficiente. El hombre le dedicó otra mirada indulgente. Era dulce como una caricia, pero una parte de ella sintió rabia. Todavía no estaba segura de nada.

No me dejaré engañar.

–Bueno, vamos a considerarlo de esta manera –dijo Green sin esperar respuesta–. Si los espejos están prohibidos, pero aquí hay uno, entonces tal vez ya no te encuentres en el laberinto. ¿Verdad?

El razonamiento era impecable. Pero después de tantos engaños, después de tantos «juegos», era agotador incluso intentar fiarse de alguien.

–¿Recuerdas cómo llegaste al laberinto?

No, ni siquiera se acordaba de eso. Era consciente de que existía un «fuera» pero, por lo que ella sabía, siempre había estado allí dentro.

–Sam –pronunció de nuevo ese nombre–. Ha llegado el momento de aclarar algunas cosas, porque por desgracia no tenemos mucho tiempo.

¿A qué se refería?

–Aunque estamos en un hospital, yo no soy exactamente un médico. Mi labor no es curarte, hay personas mucho más capacitadas que se están ocupando de tu salud. Mi trabajo es encontrar a hombres malvados como el que te raptó y luego te ha tenido prisionera en el laberinto.

¿Raptado? ¿De qué está hablando?

La cabeza le daba vueltas, no estaba segura de querer seguir escuchando.

–Sé que es doloroso, pero debemos hacerlo. Es el único modo que tenemos de detenerlo.

¿A qué se refería al decir «detenerlo»? No estaba segura de querer hacerlo.

–¿Cómo he llegado aquí?

–Probablemente conseguiste escapar –dijo Green en seguida–. Hace dos noches, una patrulla te encontró en una carretera en una zona deshabitada, cerca de los pantanos. Tenías una pierna rota y no llevabas ropa. –A continuación, añadió–: Tal vez estabas huyendo, a juzgar por los rasguños que tienes por todas partes.

Se observó los brazos, llenos de pequeñas heridas.

–Es un verdadero milagro que lo consiguieras.

No recordaba nada.

–Te encontrabas en estado de shock. Los agentes te trajeron al

hospital y avisaron a comisaría. Buscaron en las denuncias por desaparición y dieron con tu identidad: Samantha Andretti.

Metió una mano en el bolsillo de la chaqueta que estaba colgada en el respaldo, sacó un papel y se lo tendió.

Ella lo observó atentamente. Era una octavilla con la foto de una niña sonriente, con el pelo y los ojos castaños. Debajo de la imagen aparecía impresa una palabra en rojo.

DESAPARECIDA.

Sintió una punzada en el estómago.

–Ésta no soy yo –dijo, y le devolvió la hoja.

–Es normal que ahora hables así –afirmó Green–. Pero no debes preocuparte, ya has hecho grandes progresos desde que te encontraron. Para mantenerte dócil y controlarte mejor, el secuestrador te drogaba con psicotrópicos, han encontrado una notable cantidad en tu sangre. –Dicho esto, señaló el gotero, cuya vía estaba insertado en su brazo–. Te han suministrado una especie de antídoto. Y está funcionando, porque ahora estás consciente. Pronto recuperarás también la memoria.

Quería creérselo. *Dios, cómo lo deseaba*.

–Estás a salvo, Sam.

Ante esas palabras, una extraña quietud se apoderó de ella.

–A salvo –se repitió.

Notó una pequeña lágrima que se formaba en el ángulo del ojo. Tenía la esperanza de que se quedara allí, inmóvil, porque no podía permitirse bajar la guardia.

–Pero por desgracia no podemos esperar hasta que el tratamiento te haga efecto por completo, y por eso estoy aquí. –Se la quedó mirando–. Tendrás que ayudarme.

–¿Yo? –preguntó, desconcertada–. ¿Cómo podría ayudarle yo?

–Recordando el mayor número de cosas, incluso las más insignificantes. –Señaló de nuevo la pared de espejo–. Allí detrás hay unos agentes de policía: presenciarán nuestra conversación, transmitirán cualquier detalle que consideren relevante a los policías que están fuera y que se ocuparán de capturar a tu secuestrador.

–No sé si seré capaz.

Estaba cansada, asustada y sólo quería descansar.

–Escucha, Sam: ¿tú quieres que ese hombre pague por lo que te ha hecho, verdad? Y, sobre todo, no querrías en ningún caso que le hiciera lo mismo a otra persona…

Esta vez la lágrima resbaló por la mejilla y fue a pararse en el borde de la mascarilla de oxígeno.

–Como habrás intuido, yo no soy policía –continuó diciendo–. No llevo pistola y no voy por ahí persiguiendo a criminales y dejando que me disparen. Es más, si te digo la verdad, ni siquiera soy muy valiente. –Se rio de su propia broma–. Pero sí puedo asegurarte algo: lo cogeremos juntos, tú y yo. Él no lo sabe, pero hay un lugar del que no puede escapar. Y es allí donde lo cazaremos: no ahí afuera, sino en tu mente.

La última frase del doctor Green le provocó un escalofrío. Si bien no quería admitirlo, siempre había sabido que «él» se le había metido en la cabeza, como una especie de parásito.

–¿Qué me dices: te fías de mí?

Al cabo de un instante, Sam le tendió la mano.

Green aprobó su decisión con un gesto de la cabeza y a continuación volvió a darle la octavilla.

–Muy bien, ésa es mi chica.

Mientras ella intentaba familiarizarse con el rostro de la fotografía, el doctor se volvió hacia la mesilla donde estaba el micrófono y la grabadora y puso en marcha el aparato.

–¿Cuántos años tienes, Sam?

Observó bien la fotografía.

–No sabría decirlo… ¿Trece? ¿Catorce?

–Sam, ¿tienes idea de cuánto tiempo has pasado en el laberinto?

Negó con la cabeza. *No, no lo sé.*

El doctor Green anotó algo.

–¿Estás segura de que no reconoces nada de ti en esta foto?

Observó la imagen con más atención.

–El pelo –dijo, y con la mano se acarició un mechón–. Me encanta.

Acariciarme el pelo es mi pasatiempo preferido en el laberinto.

El recuerdo la asaltó de repente, como un rápido *flash* que no se sabía de dónde salía.

Me lo peino con los dedos para matar el tiempo, a la espera de un nuevo juego.

–¿Nada más?

Me gustaría tener un espejo. Pero él no quiere dármelo. Le asaltó una duda.

–¿Soy… bonita? –preguntó, temerosa.

–Sí, lo eres –confirmó el otro con ternura–. Pero quiero ser sincero contigo… Yo sé por qué él prohibía los espejos.

Le asaltó una sensación de angustia.

–Me gustaría que te volvieras hacia la pared de la izquierda y lo descubrieras por ti misma…

En el silencio que prosiguió, sólo percibió su propia respiración acelerándose en una afanosa búsqueda de oxígeno. Miró al doctor Green a los ojos para saber si debía tener miedo. Pero él parecía imperturbable. Comprendió que se trataba de una prueba, y que no podía esquivarla. De modo que empezó a girar la cabeza sobre la almohada. Notó la goma de la mascarilla que se tensaba sobre el rostro.

Ahora veré a la niña de la octavilla y no me reconoceré, se dijo. Pero la verdad era mil veces peor.

Cuando se encontró a sí misma en el reflejo, tardó un poco en visualizar la imagen que le devolvía.

–Te raptaron una mañana de febrero, cuando ibas al colegio –le explicó el doctor.

La «vieja» niña con el pelo castaño del espejo empezó a llorar.

–Lo siento –dijo Green–. Eso sucedió hace quince años.